

## **Investigaciones acerca de las antigüedades de la isla de Puerto Rico.**

### **Contributors**

Dumont, Enrique.

### **Publication/Creation**

Habana : Imprenta "La Antilla" de N. Cacho-Negrete, 1876.

### **Persistent URL**

<https://wellcomecollection.org/works/subdvywt>

### **License and attribution**

This work has been identified as being free of known restrictions under copyright law, including all related and neighbouring rights and is being made available under the Creative Commons, Public Domain Mark.

You can copy, modify, distribute and perform the work, even for commercial purposes, without asking permission.



Wellcome Collection  
183 Euston Road  
London NW1 2BE UK  
T +44 (0)20 7611 8722  
E [library@wellcomecollection.org](mailto:library@wellcomecollection.org)  
<https://wellcomecollection.org>





# INVESTIGACIONES

## ACERCA DE LAS ANTIGÜEDADES

DE LA

ISLA DE PUERTO RICO.

(BORINQUEN.)

*Piedras encontradas en las excavaciones;  
y Costumbres de los antiguos Indios, primeros  
habitantes de dicha Isla.*

POR EL

**Dr. D. Enrique Dumont,**

*De la Escuela de Paris, Profesor de la de Estrasburgo, miembro corresponsal  
de la Real Academia de Ciencias de la Habana &c.*

---

HABANA.

Imprenta "LA ANTILLA" de N. Cacho-Negrete.

Calle de Cuba núm. 51.

1876.

INVESTING AGENTS

GENERAL INVESTING AGENTS

NEW YORK

1900

THE INVESTING AGENTS OF NEW YORK  
OFFICE OF THE INVESTING AGENTS  
100 WALL STREET, NEW YORK

NEW YORK

1900

NEW YORK

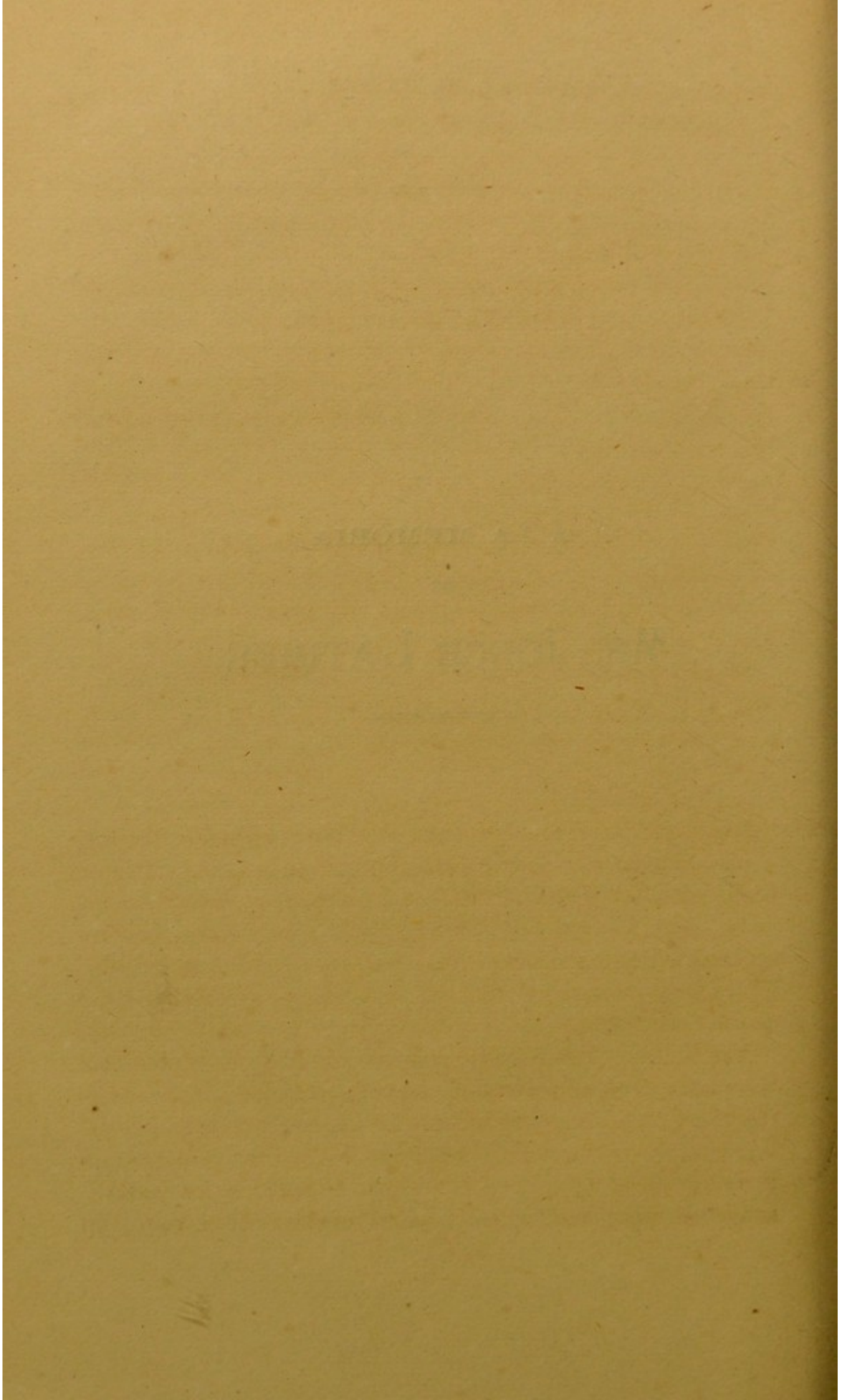
1900

A LA MEMORIA

DE

MR. JORGE LATIMER.

---



# INVESTIGACIONES

## ACERCA DE LAS ANTIGÜEDADES

DE LA

### ISLA DE PUERTO RICO

(BORINQUEN.)

*Carta á la Real Academia de Ciencias de la Habana sobre la Coleccion del Sr. Cónsul D. Jorge Latimer.*

*Sres.*—La impresion que deja la primera mirada dirigida á la coleccion tan rica de las antigüedades de la Isla de Puerto Rico, reunidas por el Sr. D. Jorge Latimer, es el gran mérito de la dificultad vencida: sin instrumentos de hierro los Indios cortaban las piedras más duras y les daban las formas más convenientes para sus usos y el más brillante pulimento.

Esa coleccion debe ofrecer seguramente un gran interes para los amigos de la arqueología, puesto que en vida el Sr. J. Latimer quería que esas antigüedades no fuesen entregadas á la publicacion, áun cuando fuese en forma de dibujos. Creemos que la memoria de tan hábil como infatigable amigo de las antigüedades nos agradecerá que hayamos respetado su voluntad, de



no dar á la publicacion esa interesante coleccion durante su vida; pero, en la hora presente, nos será permitido ofrecer á los sábios aficionados á la arqueología algunos diseños que, por otro lado, necesitan invocar la indulgencia en medio de representar verdades completamente inéditas.

La historia de los antiguos Indios de Puerto Rico está por hacer: estos documentos pertenecen, pues, á los historiadores futuros de la Isla, que sabrán sacar de ellos el partido más precioso que pueda ambicionar ese museo privado de un curioso del arte, pero que no hubiera sabido interpretar el lenguaje de esas piedras preciosas de los Indios.

Podrá consultarse con fruto la Historia de Puerto Rico publicada hace algunos años por el Sr. Acosta, como editor de la Historia de Fray Iñigo Abbad, 1788, Madrid.

En cuanto á nosotros, á falta de ciencia, ofrecemos á la Real Academia de Ciencias médicas, físicas y naturales de la Habana este tributo: admiramos en los Indios el culto por los muertos y su talento natural, que les permitía formar imágenes simbólicas, sin duda, que personificaban los Dioses que ellos amaban, los afectos que les inspiraba la tumba y se esforzaban por arrancar al olvido, ó que perpetuaban, en fin, los principales hechos de su historia.

No conocian siquiera los principios de dibujo, que yacía por otra parte en la infancia; pero sabian amoldar las tierras blandas arcillosas coloreadas, las ponian en el horno, y cuando habian adquirido la dureza de la piedra, las consagraban al ornamento ó á los usos de sus casas y de sus mesas.

Sus Dioses, hechos de dos piedras macizas, estaban destinados á la inmovilidad; pero sus fétiches contruidos sobre modelos de piedra ligera, eran llevados por los fieles, los pasaban por medio de lazos al cuello de sus amigos en signo de talisman, y de sus muertos para que fuesen protegidos en la otra vida por las divinidades, segun prácticas religiosas de que nos han dejado recuerdos escritos solamente en la piedra.

Gracias á algunos instrumentos que han tallado, creeríase que esos Indios sabian trabajar las plantas secas de fibras

largas y tenaces, y formar manojos reunidos á manera de cuerdas.

Encuéntanse vasijas de tierra cocida, en testimonio de que los Indios no hacian solamente figurar las carnes, los peces y las plantas ó raices asadas entre sus comidas; sino que tambien sabian sin duda preparar guisados.

Tenían mesas y pilones de piedra, en donde machacaban los granos para reducirlos á harina y á pastas.

Y cuando era menester dejar las artes de la paz, se les veía asimismo tomar de las mismas piedras los adornos y las armas defensivas, acaso tambien ofensivas, que les servian para proteger su territorio.

Los Indios del continente han ofrecido al estudio productos en todo semejantes á los recogidos en las cavernas en que vivian algunas veces los Indios de Puerto Rico. Esta particularidad ha hecho pensar en que las mismas poblaciones habian depositado algunas colonias sobre el continente, compuestas de las mismas tribus que las de las Islas del Mar Caribe.

Los Caribes eran guerreros y los Indios de Puerto Rico, á lo ménos los de las alturas, han dejado más bien recuerdos enteramente pacíficos.

Miéntras se reunen más pormenores, deseo que estos datos y los nuevos dibujos que los acompañan sean aceptados con benevolencia. En esta esperanza, continuaremos siempre los estudios que hemos empezado en todos sentidos.

Cualquiera que fuese el resultado de nuestros esfuerzos, por lo ménos habrémos tenido la satisfaccion de haber procurado ser útil y merecer el aplauso de esa sábia é ilustre Corporacion.

*Dr E. Dumont.*

Arroyo, Puerto Rico, Marzo 24 de 1875.

---

## I.—MESA DE PIEDRA DEL INDIO.

*Documentos sobre una antigüedad india de Puerto Rico, señalada á la atencion del Gobierno de la Isla por Mr. G. Latimer. (1).*

En 1854, en el mes de Abril, envió el Sr. Gobernador á las cercanías de la ciudad de Caguas un Comandante del Cuerpo de Ingenieros, D. Manuel Sanchez Nuñez, con el objeto de recoger algunos pormenores acerca de ciertas rocas en que los antiguos Indios habian grabado algunos dibujos.

La mesa ó la piedra del Indio, dice el Sr. Capitan Sanchez Nuñez, está situada á orillas del Rio Grande, ó cuando ménos del rio mayor de la Isla.

Los ancianos que viven en la propiedad de un hacendado, el Sr. D. Manuel Santana, afirman que en los alrededores de la

(1) El Dr. Dumont advierte que "no carece de interés señalar el origen del papel en que está escrita una parte de su original; y el cual está hecho mediante un procedimiento debido á Mr. G. Latimer con hilo sacado del tallo de los plátanos. El mismo, con sus propios recursos, cuyos gastos no han sido ménos de 10,000 pesos, hizo construir máquinas destinadas á sacar las fibras de los plátanos. Cuando los troncos de estos árboles estaban todavía verdes, se les sometía á estas máquinas; despues se lavaban y secaban; solamente el tanino tan abundante del plátano se combinaba con el hierro de las máquinas y los hilos salian pintados con el color de la tinta; de donde la necesidad de emplear máquinas de madera.—Cada árbol del plátano puede dar de tres á cuatro libras de hilo.—Los gastos son tales que no habia compensacion. En Bóston han sido más dichosos y hacen con ventaja una gran fabricacion.—Este papel es muy bueno para las escuelas de ingenieros y para todas las profesiones en que el dibujo está á la órden del día; justificando esta eleccion la transparencia del papel y la limpieza de los rasgos.—Antes de transformarse los hilos en papel, son de un hermoso color amarillo rojizo, teñido de pajizo; el rojo desaparece con los lavados repetidos, y queda como un bello color de seda amarilla.—Las cuerdas hechas con estas fibras son muy flexibles, muy suaves á la mano y de una gran resistencia.—Como que la Argelia, esa tierra francesa, es fecunda en plátanos, había motivos para preguntarse si la industria no pudiera aumentar la rendicion de esos tallos fibrosos y disminuir proporcionalmente los gastos de la produccion. Las cuerdas de lujo, si no las de los buques, sacarían de ello ventajas.—El mejor elogio del producto es examinar una muestra de las fibras y de las sogas de plátano."

*Origen de los plátanos.*—Si se consulta á Fray Iñigo Abbad y Lasierra acerca del origen de los plátanos en Puerto Rico, se ve que invoca el testimonio del autor Oviedo, quien afirma que los plátanos fueron importados en 1516 de la Gran Canaria por Fray Tomás de Berlangas, de la Orden de Predicadores, á la Isla de Santo Domingo, de donde fueron esparcidos á las otras Antillas y a Costa Firme; pero su origen primitivo arranca

piedra del Indio que adorna dicha posesion, vivia uno de los caciques más poderosos de la Isla.

La *piedra del Indio* está situada en el lecho del rio y como suspendida sobre dos columnas de piedra en sus dos extremidades. Cuando se la golpea con un guijarro, da la mesa un sonido vibrante y metálico como el de los cañones de grueso calibre; y las grutas y cavernas del lecho del torrente multiplican esa resonancia producida por la posicion aérea de la mole de piedra. La supersticion se ha apoderado de esta particularidad y le ha dado un valor sobrenatural.

La piedra se halla situada en una posicion tal, que la capital de entónces quedaba á su lado N. O., lo que apoya esta suposicion.

Otros piensan que cada figura representa los doce signos del zodiaco, formando así su conjunto un calendario simbólico; pero esta suposicion es aventurada, pues los conocimientos astronómicos de los Indios de entónces son muy hipotéticos: por

de las Indias Orientales, en donde se les llama *musas*. Sin embargo, el Baron de Humboldt escribe que el plátano es tambien indígena de la América.—Los que consideran el plátano (*Musa paradisiaca*, Linn.) como oriundo del Nuevo Mundo ponen muy en duda que su cultivo fuese muy comun en Méjico á fines del siglo XVI. En Méjico y en toda la tierra firme de la América meridional es una tradicion constante que el plátano harton y el plátano dominico (*Musa regia*, Rumph.) se cultivaba allí desde hacía mucho tiempo ántes de llegar los Españoles; pero el guineo, que es una variedad del Camburi, fué llevado á América desde las costas de Africa, como lo prueba su nombre.—El P. Acosta, 1608, afirma (Historia natural de las Indias), aunque es ménos positivo en su afirmación, que los americanos cultivaban ya el plátano ántes de la llegada de los españoles.—El plátano, dice, es una planta que se encuentra en todas las Indias Occidentales, aunque hay autores que pretenden que es originario de la Etiopía y que de este país vino á América. El P. Tomás Berlangas no ha podido trasportar de las Islas Canarias á Santo Domingo otra especie de Musa que la que estas Islas cultivan y es la *Musa camburi* (tallo negruzco, estriado, fruto oval y alargado) y no el plátano harton ó zapalote de los mejicanos (tallo blanco verdoso, fruto más alargado y cuya punta está ligeramente arqueada de forma triangular). Solamente la primera de estas dos especies se cultiva en los climas templados (Canarias, Túnez, Argel y la costa de Málaga). En el Valle de Carácas, á 900 m. sobre el mar se encuentran el camburi y el harton, cuyo fruto no madura sino á una temperatura muy elevada.—Segun estas pruebas multiplicadas es indudable que el plátano, que diferentes viajeros dicen haber visto al estado silvestre en Amboina, Gilolo y en las Islas Marianas, se cultivaba en América ántes de la llegada de los europeos. Estos no han hecho más que aumentar el número de las especies indígenas; pero, sea lo que fuere, no debe uno asombrarse de que el Musa no existiese en Santo Domingo ántes de 1516. Los bosques de la Guayana presentan muchas tribus salvajes cuyos conucos contienen el casabe, la dioscórea y ni un solo plátano. (Baron de Humboldt.)

otra parte es dudoso que los Indios hiciesen sacrificios humanos; nada lo demuestra á lo ménos; y de este modo se encuentran á su turno desvirtuadas la primera version y la explicacion primera.

¿Era acaso un árbol genealógico en que cada uno de los caciques hacía grabar su efigie? Sea; pero entónces sus rostros eran bien monstruosos, lo que tambien desvirtúa esta nueva version.

El color de la mesa es pardo; tiene el aspecto de la sílice con un tinte moreno; mide 45 piés de perímetro hexagonal con 4 piés de espesor en el medio, lo que hace un volúmen total de más de 1,300 piés cúbicos, y por consiguiente representa un peso de 1,500 quintales.

Apoyada por su extremidad más voluminosa sobre la roca que descansa en tierra firme, la otra extremidad reposa sobre una especie de columna de piedras semejantes, de 6 piés cúbicos. La superficie de la columna de sustentacion acusa huellas de destruccion y hace prever que, en lo porvenir, deberá la roca rodar por tierra.

Los dibujos colocados sobre la cara superior de la piedra se hallan tan embrollados en su reunion y son tan numerosos, sus líneas están tan borradas por las aguas del rio, que cubren la piedra cuando las aguas del lecho llegan á crecer, que el dibujante ha tenido que elegir un ejemplar de cada clase de imágen.

El número 13, único en su género, ocupa el centro de los otros que le sirven como de corona, de modo que la boca del dibujo se encuentra dirigida hácia el Sur.

Los números 4 y 5 están dirigidos al S. O.

Los números 1, 2, 3, 6, 8, 10, 11 están puestos sin orden.

El número 9 mira al SE, E. y NE.

Los números 7 y 12 miran del mismo lado.

Todos estos dibujos están grabados sobre la piedra y su relieve estaba probablemente poco marcado en el momento de su confeccion; las aguas tienden á borrarlo, á un punto tal que dentro de un siglo es probable que hayan desaparecido por completo.

Algunas figuras están cubiertas por mohos, número 12, que alteran el dibujo.

El objeto de la piedra es desconocido, pero se supone que era un altar destinado al culto de la Divinidad de las aguas, que representa la figura 13, la cual mira hácia el origen del río. Los otros signos representarían bustos de enemigos que le fueron ofrecidos en holocausto.

La figura que lleva barba, número 12, pudiera significar un español ofrecido y sacrificado á la Divinidad.

No léjos de la piedra del Indio se encuentra otra que tiene tambien dibujos.

El mismo ingeniero hace en seguida mencion de una roca situada tambien cerca de Caguas, en el lecho del río, y excavada en forma de canoa, ya á consecuencia de la accion de las aguas, que les impedía el paso, ya por la intervencion activa de los Indios, segun se dice. Este documento ofrece ménos intereses que el precedente.

## II.—*De la Religion y prácticas religiosas de los antiguos Indios indígenas de Puerto Rico.*

Su religion, segun Fray Iñigo Abbad en la Historia de Puerto Rico publicada en 1788,—consistia en las prácticas supersticiosas que dirigian á su *Cemí*: pintaban y esculpian á su Dios bajo las apariencias más horribles que pudiesen imaginar; lo colocaban por todas partes; en sus casas tenian rincones oscuros para la adoracion de su Dios y para pedirle auxilio en todas sus necesidades. A veces llevaban en el cuello esos retratos ó representaciones de su dios *Cemí*. A menudo su ídolo era una piedra (de cuarzo pardo ceniciento, manchado de vetas negras (Notas del Sr. J. J. Acosta).

La piedra está cortada de una manera simétrica con relacion á su eje vertical; en ella se reconocé la cabeza, el tronco y las extremidades dobladas y recogidas hácia el tronco. El todo ofrece alguna semejanza con una figura humana. La cabeza es

deforme y se parece más á la de un mono que á la del hombre. El tronco, en su cara anterior es convexo; ofrece en ella dos depresiones en una direccion perpendicular al eje y un punto saliente cerca de las extremidades inferiores. Al contrario, por detras el tronco es casi plano con una ranura en la línea del eje y dos agujeros junto á la cabeza, allí donde se articula con el cuello. En este punto existe un agujero de cada lado; y sin duda que por esos agujeros suspendían al ídolo.—Este ídolo portátil no presenta extremidades superiores á pesar de algunas líneas dibujadas en relieve, que parecerían como representar los brazos cruzados.—Estos pequeños ídolos pesan unas 7 onzas; su longitud ó su altura es de cerca de 1,094 milímetros; y su ancho de 0,035 próximamente.

Fuera de los centros habitados, los Indios habían establecido *oratorios* espaciosos, en donde habian colocado su Cemí titular. Allí iban los caciques ó jefes y los sacerdotes: éstos se ocultaban detras del ídolo y emitian por la boca de éste todas las ideas y las palabras que el Cacique les dictaba. Durante las ceremonias religiosas que celebraban, los fieles llevaban de comer al Idolo, y sus ministros se regalaban con esas ofrendas.

Los Indios de Puerto Rico,—dice Fray Iñigo Abbad que tenían idea de dos seres invisibles: uno naturalmente benévolo, sin que para recibir sus favores fuese necesario dirigirle oraciones y formular votos; el otro era la fuente de todas sus desgracias, de sus pesares y de sus calamidades: era necesario dirigirle súplicas y oraciones para ablandar su cólera. Los Indios miraban á este último como al enemigo de los hombres, de donde les venían todos los males. Sus ceremonias se reducían á diferentes humillaciones, echaban sobre la cabeza del ídolo ciertos polvos; agregaban ciertas prácticas supersticiosas que, por tradicion, habían recibido de sus abuelos, cuyas estatuas conservaban en sus oratorios.

Los Indios creían que los muertos iban á resucitar en un país extremadamente delicioso, en donde se gozaba de una primavera eterna, lleno de selvas pobladas de toda clase de ani-

males, y regado por rios abundantes en pescado: allí se disfrutaba de todos los bienes de la vida con sus mujeres y sus abuelos.

Fuesen alegres ó tristes los acontecimientos, se celebraban con el baile ó *areito*, que iba acompañado de música. Si el *Cemí* estaba encolerizado, para ablandarlo hacian danzas, *areito*, lo que prueba que estos bailes no eran precisamente puras diversiones; era, para los indios, una ocupacion muy importante en que explicaban los sentimientos que los animaban por gestos religiosos adaptados al objeto que se proponían, apaciguar la ira de su *Cemí*. Si habia enfermos, los Indios ordenaban un baile como un remedio eficaz para recobrar la salud; y si el pobre paciente no podia resistir á las fatigas de este ejercicio coreográfico, el médico danzaba por su cliente. Su música, aunque muy simple, se arreglaba segun los movimientos y el sentido que querían darle, y siempre la vivacidad y la animacion presidian á esas danzas. Su *tambor* estaba hecho con el tronco de un árbol viejo y hueco; se practicaba una abertura de cada lado; de un lado se daban golpes medidos que producian sonidos chocantes y desagradables hasta el punto de producir la horripilacion. Acompañaban al tambor instrumentos estrepitosos como la carraca, ó con nueces huecas llenas de piedras que se agitaban para producir sonidos.

Para celebrar mejor á la divinidad *Cemí*, las más de las veces se acababan los bailes en olas de licores espirituosos y en humos de tabaco y por una embriaguez profunda y general: fumaban por las narices por medio de pequeños tubos. Recordemos de paso que las bolas que les servían para sus juegos de predileccion, las sacaban de las raices de los árboles, hervidas con resina.

Las antigüedades de los primeros Indios, indígenas de Puerto Rico, se hallan reunidas en tan gran número en la coleccion del difunto Mr. Jorge Latimer, en el Museo de artillería de la capital de la Isla, y en las numerosas colecciones particulares del Sr. D. Leopoldo Krug, de Mayagüez, del Sr. Carbonell de Cabo Rojo y otros, que debe uno admirarse del silencio que



acerca del asunto guardan los escritos de Fray Iñigo Abbad. Hasta ahora hemos ofrecido la descripción de los *Cemies* que podemos llamar *portátiles*, de tamaño pequeño; y pasamos á describir las formas y los dibujos,—que en gran número hemos reproducido,—de otras figuras mayores de los *Cemies*, que por este motivo deben llamarse *no portátiles*.

Todos estos ídolos varían en sus dimensiones y en la calidad de las piedras que los componen: unas son cuarzosas y otras calcáreas, pero los modelos son por otra parte todos semejantes. Cada ídolo consta de dos partes distintas y separadas, es cierto, pero que se adaptan perfectamente: 1º un anillo elipsoideo, sobre cuyas superficie exterior aparece claramente formada la cola de una serpiente; 2º una pieza maciza, cuya base se adapta al anillo y ofrece una superficie muy plana y de contornos elipsoideos, mientras que la parte superior se termina en forma de cono. En una de las extremidades de la base vense dibujos caprichosos; y en la otra extremidad del eje mayor de la base se encuentra una figura humana. Estas figuras son toscas; pero las dos partes, anillo y piedra cónica, reunidas, forman una serpiente enrollada con fisonomía humana. He aquí, pues, que encontramos, según dice el Sr. D. J. Acosta, en el sistema del nacimiento de los Dioses, ó Teogonía, imaginado por los indios indígenas de Puerto Rico, entónces Borinquen, un hecho conforme con los observados entre los Egipcios y los Asirios &c: en todos estos pueblos se ha creído igualmente que los Dioses eran mitad hombres y mitad animales. “Hecho que prueba, dice un sabio arqueólogo, que no habian podido separarse de las formas mudas y confusas que los encadenaban á la naturaleza para representar al Ser Supremo.”

Todos esos objetos estaban pulimentados y trabajados por medio de piedras en forma de hierro de lanza; aquí reunimos los diseños de un número notable de esas piedras cuyas dimensiones son muy variables.

Se encuentran y nosotros reproducimos el dibujo de los cabos ó mangos que eran adaptados á utensilios propios para el uso doméstico como tapas ó vasijas: tambien hemos visto y reproducido

pilones, así como figuras caprichosas hechas de arcilla; debiendo notarse que la coccion de esas figuras de arcilla no ha sido llevada hasta la formacion del vidrio, y que su trabajo es muy inferior y más tosco, si se le compara con el de las piedras de cuarzo y cal cortadas á mano.

El Sr. J. J. Acosta hace notar que esas piedras, su trabajo y las ideas que expresan, prueban que los Indios indígenas de Borinquen atravesaban, en el momento en que fueron conquistados, la segunda época de la edad de piedra, es decir, que estaban aún, en cuanto á la marcha de la civilizacion humana, en la época en que el uso de los metales era todavía desconocido; pero ya no se limitaban á *cortar* la piedra con la piedra, sino que la *pulían*.

De ahí resulta su inferioridad.

La uniformidad que se observa, en todos los símbolos ya descritos y dibujados del Cemí prueba la unidad en las creencias religiosas de los indígenas. Así la existencia de esas piedras simbólicas en diferentes puntos diseminados y apartados de la Isla, ya en la costa, ya en el interior, prueba que Borinquen estaba por todos lados habitada.

La composicion de las piedras por nosotros bosquejadas y descritas ganará en claridad con un exámen rápido de la composicion del terreno de la Isla de Puerto Rico. En ningun autor existe un estudio preciso y verdaderamente científico de la geología de dicha Isla: los documentos que nosotros hemos podido encontrar son insuficientes. Fray Iñigo dice que el terreno de las montañas se compone en Puerto Rico de una arcilla roja, de naturaleza grasienta, algunas veces con un tinte tirando á blanco; por todas partes fecunda y produciendo admirablemente todos los frutos del país. En los valles y en las llanuras la tierra es negra; allí es fuerte y espesa, pero á menudo abandonada. Las costas del mar y su vecindario ofrecen generalmente tierras arenosas útiles para el cultivo del casabe, de las papas y de legumbres.—La Isla de Puerto Rico no está clasificada entre los terrenos volcánicos ni en los terrenos calcáreos puros, sino entre los que se llaman de formacion primitiva;

es decir, que esta Isla no ha sido formada en su origen por focos volcánicos submarinos; su núcleo parece ser granítico y rodeado de terrenos de transición, calcáreos y pirogénicos. Tal es la opinión emitida por Mr. Moreau de Jones en su Historia física de las Antillas.

La base volcánica de esta Isla fué cubierta por la superposición de una capa calcárea en un cataclismo, que ocurrió solamente cuando el océano estaba habitado por familias poco numerosas y ya extinguidas de moluscos testáceos.

Muy pronto después, se formó en Puerto Rico otra capa superpuesta á consecuencia de uno ó varios cataclismos, cuando los mares fueron poblados de una multitud de tribus de testáceos, de que todavía existen familias análogas.

Pueden agregarse aquí los datos necesarios para comparar la estructura de la isla de Puerto Rico, Antilla llamada de formación primitiva, con las *Antillas volcánicas* y las *calcáreas*.

Las Antillas calcáreas deben su origen primitivo á focos submarinos, del mismo modo que las Antillas volcánicas: de este número son la Martinica y la Isla de la Trinidad.

Así como las Antillas volcánicas, las Antillas calcáreas deben su origen primitivo á focos submarinos; pero sobre las proyecciones de los volcanes se extienden superposiciones de tierras calcáreas cuyo espesor varía de 25 á 1200 piés.

La segunda capa más superficial, calcárea, contiene restos de moluscos, cuyas especies están vivas y habitan aún los mismos mares circunvecinos. Esta última capa, á diferencia de la más profunda, se ha formado por capas sucesivas.

Las Antillas calcáreas son Santómas, la gran tierra de la Guadalupe, la Barbada y otras.

Las verdades geológicas emitidas por Moreau de Jones han sido aplicadas también por él en gran parte á la Isla de Cuba.

No se ha podido conseguir ningun resto de las *osamentas* de los antiguos indios, aunque se cree que sería fácil procurárselas por medio de investigaciones hechas en el fondo de las cavernas tan numerosas que existen en la Isla.

III.—RASGOS DISTINTIVOS, CARACTER, USOS Y COSTUMBRES DE LOS ABORIGENES DE PUERTO RICO.

Acaso baste consignar algunos hechos que ya pertenecen al dominio público.—El color de los indios era cobrizo, su estatura más pequeña que la mediana, sus formas bien proporcionadas y fuertes; las ventanas de la nariz anchamente abiertas, la nariz aplastada, los ojos como turbios, los dientes cariados, la frente angosta, la cabeza achatada por delante y por detras, porque en el momento de nacer se imponía esta forma al cráneo, comprimiéndolo á la vez en esos dos sentidos, en el occipucio y en la frente; y así comprimida la cabeza, se hacía cónica, desagradable y fea para todo aquel que no tuviera ojos de indio. Los cabellos eran largos, negros y gruesos: no había pelos en la cara ni en las otras partes del cuerpo, con cuyo motivo debemos notar la abundancia de pelos en otras razas de América. Sus alimentos eran escasos en cantidad y en sustancia, adquiridos fácilmente, sin trabajo. La ausencia de cabellos no permitía las largas camisetas, ni el calor del clima era muy propicio á la caza; así es que su constitucion era floja, indolente, enemiga de la fatiga y del trabajo. (J. J. Acosta.)

Respecto á la *barba* de los Indios,—en sus notas á la obra de Fray Iñigo Abbad, agrega el editor que tanto el Baron de Humboldt como Mr. d'Orbigny, que han estudiado profundamente el origen y las costumbres de los pueblos de América, no admiten que la ausencia ó la privacion de barba sea uno de los caracteres distintivos de los indígenas del Nuevo Mundo. Hay tribus que tienen barba y pelos en abundancia, así como existen á la verdad tribus en las cuales son raros esos accesorios. Muchos pueblos carecen en apariencia de ese adorno natural, que en realidad no les falta, sino que obedecen solamente á una exigencia del uso, arrancándose la barba y los pelos. Segun la observacion juiciosa de Mr. de la Roquette, admitiendo que los Indios de Puerto-Rico y otros lugares no

tuviesen barba, suposición que no es exacta por todas partes, no había por qué concluir, como lo ha hecho el historiador inglés Robertson, que semejante defecto indique cierta debilidad ocasionada por un vicio de constitución. En efecto, se sabe que toda especie de pelo sobre el cuerpo y de barba en el rostro falta en los negros congos de Africa y en los caribes de las Indias Occidentales,—dos razas eminentemente robustas y que han ofrecido frecuentemente una estatura colosal.

La *pezca*, la caza fácil y el baile se compartían su modo de vivir.

Los *Caciques* eran los jefes que los gobernaban; imponían las cargas y empleaban á sus súbditos en la caza, la pezca y otros trabajos accidentales, según sus caprichos. Sus órdenes eran presentadas al pueblo como emanadas de un oráculo ó del dios *Cemí*, á quien hacían hablar á su manera por medio de los augures ó médicos que ejercían las funciones de ministros del Idolo. Estos médicos y los augures sacerdotes del Idolo se llamaban *Buhitis*: se ocultaban detras de la estatua del Cemí, y desde allí declaraban la paz y la guerra, arreglaban las estaciones, acordaban el sol, la lluvia y todo lo que les convenía, según las necesidades reales ó la ley caprichosa del Cacique. Cuando las predicciones ó las promesas eran burladas, se respondía á la sorpresa, afirmando que el Cemí había cambiado de decisión porque eso era lo que más convenía.

Los hombres y las mujeres iban completamente desnudos, pero se pintaban el cuerpo con aceites, aguas preparadas viscosas y resinas que sacaban de los árboles; prodigaban estas pinturas, se cubrían de dibujos hechos con cuidado y representando toda clase de figuras horribles. Ataviados con este uniforme, se presentaban muy gallardos á las expediciones guerreras; en los bailes y en las diferentes reuniones públicas. Para los Indios, era todo uno estar cubierto de pinturas ó de vestidos. Es verdad que la naturaleza y la experiencia misma les habían enseñado que las resinas y los aceites, que les servían para pintarse el cuerpo, los preservaban de los calores excesivos y de los sudores profusos que, bajo la zona tórrida, disipan las fuer-

zas, espesan la sangre y abrevian la vida. Esta capa de pinturas les servía también de defensa contra las injurias del aire, de la humedad y de las innumerables especies de *mosquitos* y otros insectos que, cual otra plaga de Egipto, los atormentaban á cada instante y no los hubieran dejado en reposo sin esa precaucion. En efecto, dichas sustancias esparcian un olor que disipaba los enjambres de mosquitos de que estaban poblados los bosques.

Esta apariencia de vestidos primitivos que con poco trabajo se procuraban, y cuya moda cambiaba segun el capricho de cada individuo, tenía sus adornos y sus guarniciones, en los que se ofrecía á su vanidad la ocasion de ostentar las invenciones de su buen gusto, ya por la diferencia de las figuras y los matices de los colores con que se pintaban, ya por los adornos de sus cabezas, hechos con plumas de colores exquisitos. Se ponian sobre las mejillas hojas de oro, suspendían á sus orejas, á las narices y á diferentes partes de su cuerpo, conchitas de piedras y otros dijes, sin olvidar el retrato de su dios Cemí.— Los *Caciques* llevaban como insignia ó distintivo de su dignidad una *plancha de oro*, que colgaba delante del pecho y era del tamaño de una patena.

Las *mujeres casadas* se ataban á la cintura un *delantal*, que les llegaba solamente á media pierna, dejando el resto del cuerpo en su natural estado de desnudez. Las mujeres de los *Caciques* llevaban largos delantales que bajaban hasta los tobillos; pero los reemplazaban por delantales cortos cuando jugaban á la pelota, que llamaban *batey*.

Eran apasionados por este juego de *batey*, á que se entregaban en plazas reservadas á él, fuera de los centros habitados. La pelota se fabricaba con una especie de estopa que sacaban de las raices de los árboles; la mezclaban con un poco de resina, y hacían hervir todo junto. De estas pastas se formaban las pelotas, análogas á las que se usaban en España, á lo ménos en cuanto al tamaño; pero eran tan duras, que no se podía detenerlas con la mano; de manera que para esto y para devolver la pelota que les habian tirado, tenían que valerse de la espal-

da, el hombro, la cabeza y el muslo. Estas pelotas rebotaban más que las que contienen aire, y se podía tirarlas al vuelo, aún haciéndolas solamente saltar. El juego se componía simplemente de hombres solos, de mujeres solas, ó de mujeres de un lado y de hombres del otro, ó bien de hombres y mujeres de ambos lados.

Por lo que todo al *matrimonio*, no se saben las formalidades que el uso imponía á los que querían unirse; pero se sabe que cada uno tomaba una, dos y tres mujeres, y hasta más, según los recursos con que contase para mantenerlas; después las abandonaba para tomar otras, según los caprichos de sus sentidos: este abuso se prolongó mucho tiempo todavía después de la conquista de la Isla, hasta la intervención vigilante de los reyes de España para suprimir tales costumbres.—Los caciques eran los que tenían mayor número de mujeres: una de ellas era preferida á las otras por su belleza ó gracia, al solo capricho del marido; todas vivían juntas con él, sin manifestar celos ó envidia por la preferencia que daba á la otra, aunque todas al fin y al cabo no eran sino esclavas del marido. Ellas debían componerle los cabellos, que arreglaban de mil maneras diferentes: después lo pintaban á profusión cada vez que debía salir de la casa; tenían á su cargo todas las obligaciones domésticas y hasta las de los campos y de la agricultura; y más todavía, debían enterrarse vivas una ó dos de las más queridas con el cacique después de su muerte, y si no venían á ofrecerse de buen grado á ese enterramiento con el difunto, las obligaban á ello para que fuesen á acompañarlo á la otra vida. Los hombres casados no se reunían á sus mujeres quince días antes de sus viajes al cauce de los ríos para recoger oro, falsamente persuadidos de que si entonces se acercaban á sus mujeres, se les turbaría la vista y no podrían encontrar el precioso metal. No tenían relaciones con las mujeres de su parentela en el primer grado, ni se casaban con ellas tampoco, porque vivían en la creencia de que los incestuosos morían de mala muerte.

Sus casas estaban construidas sobre vigas ó árboles que encajaban en tierra, á distancia de dos ó tres pasos unos de otros,

dibujando una línea oval, ó figurando un cuadrado ó cuadrilátero prolongado, según la disposición de los terrenos. Sobre los troncos de los árboles plantados en tierra, fijaban el piso de la casa, cuyos materiales eran cañas ó ramas de árboles. Al rededor de ese techo hacían los tabiques de madera; las cañas eran cubiertas al través por numerosas latas que hacían con las hojas de las palmas y que debían consolidar el conjunto del trabajo. Todas las cañas que componían los tabiques eran reunidas, hacia la cúspide y el centro de la casa; y asegurándolos todos juntos, daban así al techo la forma de un pabellón. No dejaban ventanas ni chimenea, y no recibían más luz que la que entraba por la puerta, que era estrecha.

Otras casas se construían igualmente sobre troncos de árboles, con los mismos materiales, pero más fuertes y colocados con mejor disposición; entre la tierra y el piso, debajo de la casa, dejaban sin rodearlo de tabiques un espacio que les servía como de zaguan ó vestíbulo: en el piso superior dejaban ventanas y comedores, todo fabricado con cañas. El techo tenía dos planos inclinados, gracias á una viga de caballete sostenida por árboles á manera de horcones, todo cubierto de yaguas. Todas las cañas, ramas y hojas que componían las casas, eran reunidas entre sí, á guisa de clavos, por bejucos, maderas muy flexibles y durables.—Las casas, en la época de la conquista, existían en Puerto Rico en gran número, con la misma arquitectura y el mismo plano, sin otra diferencia que, por lo regular, los pisos y los tabiques eran de tablas; algunas estaban cubiertas de tejas y hechas con más arte. Sin embargo, esas casas mejor construidas eran en corto número, y casi todas las hacían con los troncos de árboles ya señalados.

Esta idea de fabricar las casas sobre troncos de árboles ó postes de madera, era impuesta por las exigencias del país, que siendo muy húmedo, las llanuras y los prados se inundaban la mayor parte del año, á causa de las lluvias y de los desbordamientos de los ríos. Las consecuencias de estos accidentes se evitan colocando las casas sobre postes elevados. La misma fábrica de casas se hallaba en uso entre los indios



del continente del Norte, en Otahiti y en otras partes de la América.

Los *muebles* que usaban los Indios de Puerto Rico eran bien escasos: la hamaca ó jamaca, que hacian con bejucos, ó con la corteza del árbol llamado majagua, ó con cuerdas que fabricaban con los hilos del áloe pita; y tambien algunas vasijas, que comunmente eran hechas de madera y con el fruto del árbol llamado jigüera ó totumo, y de que todavía se hacen vasos, platos, escudillas, cucharas y otros utensilios que componian todo su menaje.—No tenian gallinas ni otra especie de aves ó grangería.

Encendian el *fuego* con tres palos delgados, dos de ellos atados por sus extremidades; introducian la punta del tercero entre los otros dos, y así reunidos los hacian rodar entre las palmas de las manos como si fuera un molinillo; encendian lumbré con facilidad donde quiera que se encontraban, como lo hacian todavía en la época del descubrimiento, en sus cazas y durante la pesca en Tierra-firme.

Sus *armas* eran el arco, las flechas y macanas, hechas de madera muy dura y guarnecidas de piedras cortantes, á las que daban la forma de una hacha de mano. Eran muy diestros en tirar la flecha, pero no las mojaban en veneno como los caribes.

Se servian de *canoas* para la pesca y para sus viajes por mar: unas eran muy pequeñas y se llamaban *cayucos*, que empleaban para pasar los rios y para viajes muy cortos; las medianas servian para la pesca y correr las costas; y las mayores ó *piraguas*, que podian contener de cuarenta y cinco á cincuenta hombres, las destinaban á los viajes largos y para la guerra: unas y otras estaban construidas de una sola pieza del tronco de un árbol, que ahuecaban con fuego y hachas de pedernal con sus mangos. Esta clase de barcos carecia de quilla, volcándose fácilmente si los que iban dentro no guardaban el equilibrio, ó la carga no estaba bien estivada. Eran muy ligeros para la navegacion; pero como ofrecian poco borde, se llenaban de agua á poco que el mar se levantase, sin que por esto se asustasen, pues las vaciaban sin gran trabajo.

Sus *faenas* eran tan pocas como sus necesidades: pasaban los días tendidos en la hamaca ó sentados en cuclillas sobre los talones, y no se movían con gusto sino para bailar, jugar ó satisfacer el hambre. Su *agricultura* se reducía á una corta sementera de maiz, batatas, ñames y los plátanos que producía la tierra; y áun este trabajo estaba á cargo de las mujeres. La caza y la pesca pertenecían á los hombres: comían todos los insectos y los gusanos que encontraban; no solamente los mariscos y los lagartos, sino también los murciélagos, que eran un plato regalado. La falta de instrumentos de agricultura los forzaba á mantenerla tan reducida.

Los tártaros se servían de los caballos que robaban en sus excursiones para el cultivo de las tierras: los árabes han domesticado los camellos; los lapones el rinoceronte; los habitantes de Kamschatka hacen trabajar los perros: pero los Indios de Puerto Rico, privados de cuadrúpedos y dominados por la indolencia, no habían dado este solo paso hácia la primera de las artes.

La *medicina* de los grandes tenía su práctica especial: cuando se enfermaba algun cacique ó indio notable, se llamaba al médico, ó *buhiti*, el cual, después de muchas supersticiones ridículas, se purgaba y guardaba la misma dieta que el enfermo; y si el médico no se sometía á esta obligacion y á las demás con toda exactitud, y se moría el enfermo, los parientes y amigos solían arrancarle los ojos, dábanle de palos y otros castigos. Cuando veían que los enfermos estaban á punto de morir, los ahogaban aunque fuesen caciques; después de muertos, les sacaban las entrañas y los secaban á la lumbre; luego los enterraban en cuevas ú hoyos muy grandes, y con ellos algunas de sus mujeres vivas, víveres para el viaje y sus armas. Después llenaban el hoyo con ramas y troncos, y cubrían todo con tierra, sin que ésta tocara á los sepultados.

Sus *cantos* eran graves y materiales: la mayor parte se referían á sus historias, en las que contaban los acontecimientos más serios é importantes de su país, la serie y genealogía de sus caciques, la época de sus muertes, sus proezas, las victorias al-

canzadas, los buenos ó malos tiempos: todo se narraba y contena con estos cánticos.

Bailaban y cantaban bailando: el *areito* ó baile se componia de mucha gente: algunas veces los hombres y las mujeres se reunian en dos filas, asidos de las manos, llevando una guia el compas y la voz, á quien contestaban todos, repitiendo la historia que él cantaba. Mientras unos bailaban, otros daban de beber á los danzantes, que no paraban hasta caer embriagados; en su lugar entraban otros, terminándose á veces el baile con una borrachera general.

Sin el pretexto del baile, se entregaban con exceso á la bebida de la *chicha*, que hacian las mujeres con maiz, frutas y otras cosas.

Sería una injusticia, sin embargo, atribuir á los Indios de Puerto Rico el carácter feroz y las costumbres bárbaras de los Caribes, porque vivian en islas vecinas, declarándolos antropófagos, acusándoles de emplear venenos mortales en las puntas de sus flechas y de tener las inclinaciones repugnantes que, de buen grado, se suponía en ellos ántes de la Historia de Fray Iñigo Abbad. Muy por el contrario, la evidencia saltaba á la vista, y nos mostraba su humanidad y su alegría cuando daban hospitalidad á los extranjeros; su sencillez y credulidad en todo lo que se les decía; el horror que les inspiraban ciertos vicios y el castigo que les imponian,—tales eran sobre todo el robo y el incesto,—sin que dejáran por eso de caer en ciertos errores propios de la ignorancia de un pueblo salvaje, cuya union política era muy defectuosa, cuyas leyes y reglamentos eran escasos y sostenidos por una autoridad débil. Teniendo en cuenta tales consideraciones es como se debe juzgar su carácter.

Cuando los europeos desembarcaron en la Isla en 1509, Puerto Rico estaba tan poblado que, cual una colmena, tan bello y tan fértil era que parecia un jardín.

A pesar de cuanto se ha dicho, y por débil que fuese su constitucion física, estos insulares han probado su energía y su fuerza durante la invasion de los extranjeros, luchando cuerpo á cuerpo con los españoles más robustos, que no podian vencer-

los sin el auxilio de otro: eran ligeros, flexibles en todo su cuerpo, y no se veía entre ellos estropeados, cojos ni ciegos.

Tenían su *arte teatral y mímico*: cuando era inminente una guerra, se entregaban á las pantomimas más expresivas y animadas, en las que se representaban todas las acciones de una campaña completa; el ejército, su entrada en el país enemigo, las precauciones del acampamento, las emboscadas, el modo de sorprender al enemigo, la furia del combate, la celebridad de la victoria, la conducción de los cautivos; todo se representaba á los espectadores con tanto ardor y entusiasmo como en una batalla verdadera: adaptaban sus gestos, su fisonomía y su voz á las varias circunstancias del asunto, acompañándose siempre de la música y del canto.

Cuando se consagraban al descanso y dejaban todos los ejercicios que hemos señalado, pasaban por lo común el tiempo tendidos tranquilamente en sus hamacas, fumando y guardando un profundo silencio como hombres contemplativos. A algunos les gustaba el comercio, y todos sus negocios se reducían á cambiar sus dijes y bagatelas entre sí, sin detenerse en el exceso de valor que había entre unas y otras: en efecto, todo el precio dependía tan sólo del capricho del que cambiaba; la mejor alhaja la daban por una agujeta, así como en cambio de ésta pedían un vestido de seda: tal era el concepto que formaban de las cosas. No tenían monedas, pesos ni medidas.

El delito más feo y el que castigaban sin remisión era el robo, que les causaba horror; y así, el que tomaba alguna cosa ajena, aún cuando fuese de poca importancia, lo empalaban vivo, dejándolo así abandonado en el campo hasta que moría. Se consideraba entre ellos como malo y escandaloso el interceder por el ladrón para que se le remitiese ó conmutase la pena de muerte, aún cuando el mediador fuese padre ó amigo del culpable: era ley ejecutiva, y se efectuaba la sentencia convencido el reo del delito, por lo cual el hurto era raro entre ellos.

IV.—DE LAS ENFERMEDADES SEÑALADAS POR LOS ANTIGUOS HISTORIADORES DE LA ISLA DE BORINQUEN.

Toda vez que estamos dedicados á la Medicina, no dejaremos pasar esta ocasion sin hablar de la Arqueología médica de Puerto Rico, si puede llamarse así.

Las enfermedades de la infancia ofrecian muy á menudo en los antiguos Indios indigenas de dicha isla el *tétano infantil*, llamado despues en el país *mocezuelo*. Bien se comprende la frecuencia de esta enfermedad en pueblos sin vestidos, sin estofas para reemplazarlos, y tan imperfectamente alojados. El frio, que da lugar á esta enfermedad, tenia una accion demasiado fácil en los recién-nacidos de los Indios. La muerte era la regla para los enfermos atacados de ella, por fortuna cada dia más raros en Puerto Rico.

Las epidemias de *viruelas* hacian grandes estragos entre los Indios, sobre todo en la época de los cambios de estacion.

Las *bubas* hacian numerosas víctimas en tiempo de Fray Iñigo Abbad, así en los niños como en los adultos. Ha parecido justo creer que esta enfermedad no pertenece propiamente á Puerto Rico, sino que ha sido importada bajo el nombre de *pian* y *frambæsia* por los negros de Africa. Cuando cesó el trafico, se buscaron en vano sus huellas, no quedando más que su nombre en boca de los labriegos, que se niegan á decir *sífilis*. No es momento de discutir si las dos enfermedades son distintas ó idénticas; lo que podemos decir, es que las bubas, á diferencia de la sífilis, eran consideradas como pudiendo transmitirse sin necesidad de la inoculacion de un virus por medio del contacto: idea que estaba materializada por las costumbres establecidas en las enfermerías de los negros, en que se destinaban salas completamente separadas y hasta edificios apartados de los otros, para encerrar allí á todos los sujetos atacados de bubas. El mercurio era muy útil para curar las bubas, del mismo modo que cura la sífilis.

El *mal de estómago* era considerado como un *tétano inte-*

rior, visceral, interesando las capas musculares de fibras lisas y de la vida vegetativa, como el tétano propiamente dicho, espontáneo y traumático, interesa los músculos de fibras estriadas ó de la vida de relacion. Pero este pretendido tétano visceral sería una enfermedad que no presentase de comun con el tétano más que su origen, la accion del frio sobre el cuerpo sudando, á causa de bebidas frias ó heladas, una sensacion de constrictcion muscular interior, un pronóstico igualmente mortal y, en fin, una indicacion comun, es decir, sudoríficos, narcóticos y alterantes.

Las *fiebres intermitentes* han debido padecerse desde la más remota antigüedad en la isla de Borinquen; debian ser mucho más comunes en otro tiempo, puesto que los cultivadores no se ocupaban entónces, como ahora, de sanear los pantanos, llenándolos de tierra ó facilitando el curso natural de las aguas de lluvias. El clima de Puerto Rico era en otra época muy lluvioso, mucho más que hoy; cuya diferencia se explica en parte por el desmonte demasiado generalizado con provecho de las plantas de ménos importancia, de los frutos menores.

No son solamente los efluvios cenagosos de la tarde, de la noche y de la mañana los que aquí causan fiebres: muchas personas beben las fiebres, ó mejor dicho el veneno palúdico, en lugar de respirarlo; y un tercer modo de trasmision de estas fiebres se efectúa por los chubascos que inopinadamente caen sobre el cuerpo bañado en sudor, ó por cualquier enfriamiento súbito, como el que produce el paso de un rio á vado, ó la violencia de un viento frio.

La planta conocida con el nombre de *boton de cadete* es la medicina de los pobres atacados de fiebre intermitente.

El arsénico, cuyo precio es tan barato, gana tambien mucho crédito en la curacion de este envenenamiento.

La *disenteria* era muy frecuente y mortal en Puerto Rico por las mismas razones que las fiebres, habiendo sido endémica en todas épocas.

Las fiebres intermitentes *perniciosas disentéricas* deben ser siempre sospechadas y administrarse la quinina.

Las epidemias de disentería hacían en los Indios frecuentes apariciones y numerosas víctimas.

Las *diarreas* causaban, sobre todo en los niños, una gran mortandad.—Los alimentos indigestos, las imperfecciones de la lactancia materna, las intemperies del aire y los medios insuficientes de resguardo, en fin la abundancia de las aguas estancadas en medio de campos que se han dejado casi sin cultivo, —tales son las causas bien claras de esas numerosas víctimas de la enterítis crónica, que tampoco perdonaba á los adultos.

El *tétano espontáneo* era frecuente en los hombres hechos, y más mortal que ahora: en efecto, en la actualidad nada es tan frecuente como observar la curacion del tétano por los médicos con el auxilio de los antiespasmódicos, narcóticos y alterantes en alta dosis.

El P. Fray Iñigo señala la existencia de la *elefantiásis de los griegos* en los antiguos Indios de Puerto Rico. No estamos en aptitud para juzgar semejante aserto; pero afirmamos que esa triste enfermedad es por dicha muy rara en Puerto Rico á la hora presente. Quizá sea mucho decir, que existe un caso de mal de San Lázaro por cada localidad importante. Deploramos las medidas que la sociedad toma contra esos desgraciados, cuyo único crimen es ser de aspecto horrible, pero que no amenazan la salud pública con el contagio: el mal de San Lázaro no se trasmite por contacto, y nosotros hemos visto aquí, que en todos los sujetos casados, afectados del mal de San Lázaro, ha respetado la salud de sus cónyuges; jamas la mujer de un lazarino ha sido atacada de la misma afeccion; cuando más, á lo que se debería poner impedimento se les permite sin razon. Pedimos humildemente que se abran las prisiones en que se hallan todavía encerrados en las naciones civilizadas, é invocamos la discusion de nuestros sabios colegas acerca de este asunto, á fin de que ilustren la caridad de los gobiernos.—Nosotros hemos podido modificar muy favorablemente, no decimos curar, más de un caso de mal de San Lázaro, investigando con cuidado los antecedentes personales ó de familia del sujeto; y si ofrecía las huellas de una enfermedad

personal ó hereditaria, diatésica, atacábamos con fuerza é insistencia esa diátesis. Dichosos aquellos individuos que podían presentar los vestigios de la diátesis sifilítica, porque el mercurio, el yoduro de potasio, la pomada de precipitado blanco, el yodo en tintura, les hacían muchísimo bien, completándose lo mejoría si se enviaban los enfermos á los países templados situados entre 40.º y 55.º

La *elefantiásis de los árabes* la pasa en silencio Fray Iñigo: parece que este mal era desconocido en la antigua Borínquen, lo que no debe causar asombro si es cierto que su origen es africano. Equivocadamente se le da el nombre de "lepra elefantina tuberculosa", pues la palabra "lepra" tendería á asimilar esta enfermedad con el mal de San Lázaro, y estas dos enfermedades son enteramente distintas. Como que los Indios de Borínquen iban desnudos, si hubiera existido ese mal, no se le hubiera podido disimular como hoy sucede á menudo: en las indias el pequeño delantal no hubiera podido ocultar sino muy imperfectamente la elefantiásis de los grandes labios; y, por otra parte, nosotros hemos visto la elefantiásis de los árabes en todas las partes del cuerpo: en la cabeza, la frente, la oreja, la cara, el cuello, el brazo, la mama y las paredes del vientre; en gentes que seguramente no tenían una gota de sangre africana en sus venas, ni se habían puesto jamás en contacto con ningún individuo atacado de elefantiásis de los árabes. Esta enfermedad pertenece á los climas calientes, no es peculiar al Africa solamente, y Fray Iñigo ha podido incurrir en una omisión; pero acaso pueda decirse que las resinas, los bálsamos y las pinturas, que cubrían el cuerpo de los Indios, poseían un efecto médico y propiedades preservativas de la elefantiásis: es una experiencia por hacer.

La *tísis* ha parecido frecuente en otro tiempo en la Isla de Puerto Rico. Hemos escrito una memoria referente á esta enfermedad, que presentamos á la Real Academia de Ciencias Médicas, físicas y naturales de la Habana, y que se ha publicado en nuestro "Ensayo de una Historia médico-quirúrgica de Puerto Rico," t. II, página 90.



Las *fiebres eruptivas*, tan comunes en la edad presente, las *neúrosis*, las *fiebres remitentes biliosas* y la *fiebre amarilla* no han sido mencionadas por Fray Iñigo.

No hay por qué asombrarse de ese silencio con respecto á la fiebre amarilla, puesto que en nuestros días transcurren tres años sin que se oiga hablar de un caso de dicha enfermedad en Puerto Rico. Y cuánto más raras debieron ser esas epidemias ántes del descubrimiento, cuando las relaciones comerciales no existían, sino que viajes raros á Costa-firme ó visitas demasiado frecuentes de los Caribes constituían las únicas relaciones de Borínquen con el mundo exterior.

#### V.—FUENTES DE ESTE TRABAJO.

Justo es dar algunas aclaraciones relativas al origen de las diferentes secciones de esta memoria.

1. La mayor parte de los dibujos y de los esbozos, ménos los del fin, nos son personales y son representaciones fielmente calcadas sobre las piedras del "Museo Jorge Latimer," de Puerto Rico.

2. Los documentos escritos en el original sobre papel amarillo de plátano, y que en lo impreso ocupan desde la página 8 á la 11 inclusives, son tomadas de diferentes fuentes, indicadas cada una en su sitio y lugar, y á menudo de opiniones expresadas verbalmente, algunas veces sin más garantía que la creencia esparcida en el pueblo.

3. El Sr. D. Manuel Sánchez Núñez, comandante del Cuerpo de Ingenieros de Puerto Rico, ha publicado en 1854 y recogido no léjos de la capital y cerca de Cágua algunos datos y noticias que hemos tomado de su informe.

4. La Historia publicada en castellano en Madrid, por el año de 1788, y editada también en castellano, en 1866, ofrece una reunion de documentos preciosos, en que hemos bebido ámpliamente y por los que debemos una expresion de agradecimiento al Sr. D. José Julian Acosta y Calvo, que no solo dió á luz en Puerto Rico una nueva edicion de dicha "Historia geo-

gráfica, civil y natural de San Juan Bautista de Puerto Rico, por Fray Iñigo Abbad y Lasierra," sino que la ha enriquecido con importantes anotaciones en la parte histórica, continuándola acertadamente en la estadística y económica.

5. Tambien debemos no pocos dibujos á la coleccion del Sr. D. Leopoldo Krug, comerciante avecindado en Mayagüez: son los últimos de la serie que presentamos, consignándose su origen oportunamente.

---

# INDICE.

---

	PAGINAS,
INVESTIGACIONES acerca de las antigüedades de la Isla de Puerto Rico (Borínquen).—Piedras encontradas en las excavaciones; y costumbres de los antiguos Indios, primeros habitantes de dicha Isla.....	
—Carta á la Real Academia de Ciencias de la Habana sobre la Coleccion del Sr. Cónsul D. Jorge Latimer; por el <i>Dr. Dumont</i> .....	5
I.—Mesa de piedra del Indio.....	8
II.—De la religion y prácticas religiosas de los antiguos Indios indígenas de Puerto Rico.....	11
—Composicion del terreno de la Isla.....	15
III.—Rasgos distintivos, carácter, usos y costumbres de los aborígenes ...	17
IV.—De las enfermedades señaladas por los antiguos historiadores de Borínquen.....	26
V.—Fuentes de este trabajo.....	30

---

---

INDEX

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

## INDICE.

	PAGS.
ADICION al tomo II de la Patología de Puerto Rico.....	187
—Erratas notables de dicho volumen.....	189
—Nómina de los Sres. suscritores de la obra.....	190
—Indice del tomo II.....	191
ANTIGÜEDADES.—(Finaliza)	
III.—Rasgos distintivos, carácter, usos y costumbres de los aborígenes.....	17
IV.—De las enfermedades señaladas por los antiguos historia- dores de Borínquen.....	26
V.—Fuentes de este trabajo.....	30
INDICE de las Antigüedades de la Isla de Puerto Rico.....	32

## OBRAS DEL AUTOR.

I.—*Memorias sobre la Historia médico-quirúrgica de las regiones intertropicales de América.*—Estudios relativos á Puerto Rico.

Con esta entrega se reparte el Índice del *Ensayo de Patología médico-quirúrgica de la Isla de Puerto Rico*, premiado por la Real Academia de Ciencias de la Habana, y cuya impresion finaliza en la misma.

II.—*Investigaciones acerca de las antigüedades de la Isla de Puerto Rico (Borínquen), y de las costumbres de sus primeros habitantes.*

En esta entrega termina la publicacion de dicha Memoria, con el Índice respectivo.—Tal vez más adelante, si se allanan algunas dificultades, se distribuirá otro cuaderno con las láminas que deben acompañarla.



